

III domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Mensaje radial de Monseñor Juan de Dios Hernández Ruiz, SJ, Obispo de Pinar del Río, Cuba

Queridos hijos e hijas, les habla su obispo, Mons. Juan de Dios.

Jesús comienza su misión cuando silencian a Juan Bautista. Toma el relevo, pero no se va al desierto, sino que recorre las ciudades. No espera a que la gente llegue. Él busca a la gente. Anuncia, eso sí, la conversión, pero sin amenazas o condenas. Él invita porque el tiempo se ha cumplido y ya llega el reino de Dios. Muchos, al ver lo que han hecho con Juan, se habrán callado o dispersado. Él no: habla, anima y elige personas que lo acompañen.

El Apóstol Andrés, con su hermano Pedro, al llamado de Jesús, no dudaron ni un instante en dejarlo todo y seguirlo: «Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron». También aquí nos asombra el entusiasmo de los Apóstoles que, atraídos de tal manera por Cristo, se sienten capaces de emprender cualquier cosa y de atreverse, con Él, a todo.

Jesús inicia su predicación anunciando la llegada del Reino. Interpela al mundo con la necesidad de la conversión. Recluta a sus primeros seguidores... Reino, conversión y llamada, son realidades inseparables que desde entonces vivimos en la Iglesia.

Desde que Cristo nace, se ha cumplido el tiempo. Dios interviene en la historia del hombre fundando su Reino en el corazón de cada discípulo. Y desde entonces hasta hoy, el mensaje, no ha sido otro sino la preparación para la llegada definitiva del Reino de Dios. Para ello, se ha querido valer de tantas almas consagradas a su servicio. Los sacerdotes, los diáconos, obispos y papas, las religiosas y religiosos dedicados a la vida contemplativa o al apostolado, a la educación o a las misiones en tierras lejanas... Todos ellos han sido la prolongación de las obras de Nuestro Señor.

Pero la hora aún no ha llegado, ni parece venir pronto. Es obvio que no conoceremos el día ni la hora del final de los tiempos. Y por eso mismo, es necesario vivir preparados. Debemos entender, que cuando Cristo proclama el Reino, como un tiempo cumplido, se trata igualmente del tiempo concedido a cada uno de nosotros. El tiempo de nuestra vida, en la que debemos obrar siempre el bien. Pero no un bien ideal. El bien que tiene el rostro de cuantos nos rodean: hermanos, amigos, hijos, esposo, empleados y compañeros de trabajo; pobres y enfermos... Darse a sí mismo para procurar el bien de los demás. De esto se nos pedirán cuentas al final de nuestra vida.

Vivimos tiempos convulsos con epidemias, guerras y cambios climáticos. Hay personas que claman justicia, se esfuerzan por la paz, piden responsabilidad

ambiental. Muchas son desoídas y otras acalladas. El dinero, el poder, la influencia pesan en un mundo de intereses. Sin embargo, la brasa encendida de la esperanza no se apaga. Siempre hay quien toma el relevo y continúa enarbolando banderas de justicia, amor y paz.

Señor Dios, que no nos falten, como en las carreras de relevos, quienes tomen la antorcha y la entreguen a otros para que sigan corriendo. Gracias por tantas personas que están al lado de los que sufren en las guerras, los campos de refugiados. Por los que cumplen su misión calladamente, por los que no hacen ruido y suman esfuerzos por la verdad, la santidad, la justicia, el amor y la paz. Dale el Espíritu

Que María de la Caridad nos acompañe siempre.